

HOMENAJE



Doctor
RUDESINDO
MARTINEZ

Español, madrileño por nacimiento, asturiano por ascendencia. De la pequeña villa de Navia, sobre el mar Cantábrico le venía la corriente paterna. De esa misma villa en que nació Campoamor, o Benito Pérez Galdós, amigos de su padre, tal vez parientes. Leyó las obras literarias de esos coterráneos de sus mayores en ejemplares signados con la dedicatoria cordial.

Argentino por formación, llevó “las Patrias adentro” porque a pesar de su mentalidad jurídica, no creyó que las formas externas de la naturalización fueran necesarias para expresar su devoción a la tierra que lo adoptara desde muchacho. La calidad legal de extranjero le vedaba muchos destinos que lo estaban llamando, pero él dejaba correr la vida para alcanzar lo que fuera a sus manos por inclinación natural de los

acontecimientos. Argentino, sí, al punto de que, pese a su acento hispano conservado sin esfuerzo y con pureza, ganó en el Colegio Nacional de Paraná, cuando cursaba el quinto año, el primer premio de composición literaria con motivo del Centenario de Mayo. Y, azares del destino, lo acompañó con igual distinción su compañera de curso, Fanny Herzovich, la que luego fuera copartícipe de toda su vida en el hogar.

El Colegio Histórico, de Urquiza, el de Concepción del Uruguay, fue el primer ámbito escolar suyo al tocar las tierras argentinas. Luego, el de Paraná. Su brillante carrera en la Universidad de Santa Fe. Su adhesión a la del Litoral, hija de aquélla. Su exaltación a las cátedras de Filosofía del Derecho y de Derecho Internacional Público, su permanencia en el recuerdo de los alumnos, su versación y su léxico, lleno de serena galanura en la Cátedra.

Argentino, pero extranjero en su patria, le tocó probarse como estoico. Su ideología clara, a pesar de no actuar en la política, es confundida en los comienzos mismos de la época aciaga. La persecución llama a las puertas de su hogar y de su estudio. La cárcel lo aloja con frecuencia, sin motivos, sin fundamentos, hasta que la ley de extranjería le hace su víctima.

En una precaria canoa pasa una noche por encima de las aguas claras del Uruguay y le siguen los suyos. Largos años de anonimato, de pobreza, de recatado ocultamiento de su valor intelectual en Montevideo.

Hasta que la Facultad de Derecho lo descubre y lo lleva a los claustros del país hermano para que se luzca con su saber y su experiencia. Su virtud republicana hace que crezca el aprecio en ese país, el tercero en el cual debe vivir su vida.

Alguien, entre los exilados, ha dicho, y bien: "Era el mejor de nosotros".

En aquella tierra quedan los despojos de su querida esposa. Allí vuelve a buscarla en su última hora. Allí quedan sus nietos y su hijo.

España, Argentina, Uruguay. He aquí la trilogía de tierras por las que caminó Martínez.

Una mente lúcida. Fue lo último que decayó de su figura humana. El pequeño profesor de Filosofía y de Internacional Público daba sus clases con precisión y altura. Todas las generaciones, aún las que pasaron cuando él estaba ausente de los patios de naranjos, sabían de su existencia, de su valía intelectual, de su probidad docente, de sus enseñanzas.

La tarea directiva también pudo beneficiarse muchas veces con su firmeza de convicciones.

Una palabra llena de galanura. Un idioma completo y bien dicho. Cuando le tocaba ocupar la tribuna, fuera en la calle como en el recinto, el discurso era bello, el razonamiento perfecto.

Cierta vez presentó al extraordinario poeta que fuera Eduardo Marquina. La prosa de Martínez fue más alta, de más vuelo, que el verso del poeta. Cuando presentó a Ossorio y Gallardo, éste reconoció la superioridad de la introducción comenzando: "Este don Rudesindo Martínez...".

Una memoria privilegiada. En los días postrimeros de su existencia, rompiendo papeles para aliviar el equipaje del viaje definitivo, repetía, para su satisfacción, palabra por palabra, los lejanos discursos de homenajes, de despedidas, de magisterio, o los apuntes propios compaginados para sus clases pulcramente delineadas y preparadas. "Ya quisieran muchos que no padecen de la decrepitud de mis piernas, tener la lucidez de mi cabeza", dijo con tristeza en la intimidad de la despedida.

El doctor Rudesindo Martínez dejó, así, su ejemplo de pundonor intelectual y moral.

Sirvan estos trazos nerviosos y profundos para impedir que los vientos del olvido llenen de arena los surcos que él nos preparó.

FRANCISCO MARTINEZ SEGOVIA

